

La Cuaresma, plan de Dios para transfigurar a los pueblos desde Cristo

Segundo domingo de Cuaresma
2 de marzo de 1980

Génesis 15, 5-12.17-18
Filipenses 3, 17- 4, 1
Lucas 9, 28-36

Queridos hermanos, presentes en la Basílica del Sagrado Corazón, y queridos hermanos, los que a través de esta emisora amiga de Costa Rica, Radio de las Noticias Continentales¹, están en comunión con nosotros en este segundo domingo de Cuaresma:

Reciban, ante todo, un saludo fraternal desde la misma palabra de Dios, la que quiere iluminar la realidad de nuestro pueblo². Ya que, gracias a Dios, contamos con esta colaboración tan valiosa, les suplicamos a los amigos fuera de nuestro país que sepan comprendernos y que nos muestren su solidaridad, sobre todo, en la oración a ese Jesús, de quien ha dicho el Padre eterno en esta mañana: “Es el Hijo de mis complacencias, el elegido, a él escuchad”. No quiere ser otra mi palabra más que un eco humilde de esa palabra de Dios que se encarna en Cristo y que se hace luz, orientación de todos los pueblos, y que es el impera-

Lc 9, 35

¹ Radio Noticias del Continente.

tivo más urgente con que los hombres contamos de parte del mismo Dios, que nos ha ordenado escucharlo.

La Cuaresma es una preparación para celebrar las fiestas de nuestra redención. Celebramos la redención, por eso, no puede desentenderse esta celebración de la Cuaresma de las circunstancias concretas en que los pueblos, los cristianos, celebran una temporada tan significativa. La redención es lo mismo que la liberación, la salvación; y nuestro pueblo está necesitando cabalmente eso: su propia liberación^{*}. La preparación de nuestra Pascua, de nuestra Semana Santa, del misterio de la redención humana se encarna tan profundamente en la historia de nuestro pueblo salvadoreño que podemos decir que es una Cuaresma, una Semana Santa hecha para nosotros. Es la celebración de nuestra redención.

Y el Evangelio de hoy nos presenta a Cristo transfigurado, personificando allí la redención de los hombres, la esperanza de los pueblos. San Lucas pone esta escena de la transfiguración como un preámbulo para subir a Jerusalén. “Hablabía de su pasión” —nos dice el Evangelio—, y es que es un aviso para todos nosotros: el camino de la redención tiene que pasar por la cruz, el camino de la resurrección tiene que ser camino de Calvario; y toda la sangre de nuestro pueblo debe de unirse a la sangre de Cristo que se va regando en ese camino doloroso.

Y esta Cuaresma, celebrada entre sangre y dolor entre nosotros, tiene que ser el presagio de una transfiguración de nuestro pueblo, de una resurrección de nuestra nación. Por eso, nos invita la Iglesia, en el sentido moderno de la penitencia, del ayuno, de la oración, prácticas eternas cristianas, a adaptarlas a las situaciones de los pueblos. No es lo mismo una Cuaresma donde hay que ayunar en aquellos países donde se come bien, que una Cuaresma entre nuestros pueblos del tercer mundo, desnutridos, en perpetua Cuaresma, en ayuno siempre.

En estas situaciones, a los que comen bien, la Cuaresma es un llamamiento a la austeridad, a desprenderse para compartir con los que tiene necesidad^{*}. En cambio, en los países pobres, en los hogares donde hay hambre, debe de celebrarse la Cuaresma como una motivación para darle un sentido de cruz redentora al sacrificio que se vive; pero no para un conformismo falso, que Dios no lo quiere, sino para que, sintiendo en carne viva las consecuencias del pecado y de la injusticia, se estimule a un

trabajo por una justicia social y un amor verdadero a los pobres”.

Nuestra Cuaresma, pues, debe despertar el sentimiento de esa justicia social. Hacemos un llamamiento, entonces, para que nuestra Cuaresma la celebremos así: dándole a nuestros sufri- mientos, a nuestra sangre, a nuestro dolor, el mismo valor que Cristo le dio a su situación de pobreza, de opresión, de marginación, de injusticia, convirtiendo todo eso en la cruz salvadora que redime al mundo y al pueblo. Y hacer un llamamiento, tam- bién, para que, sin odio para nadie, nos convirtamos a compartir consuelos y también ayudas materiales, dentro de nuestras po- brezas, junto con quienes, tal vez, necesitan más.

En este sentido, este domingo se inaugura la Semana del Sacrificio Voluntario, del cual, al final de la homilía, hablará, le suplico a la señorita Refugio Álvarez, que es entre las principales promotoras de esta obra² que habla muy alto de un cristianismo que sabe convertir en práctica de caridad y de amor, su fe en Jesucristo.

En este sentido, también, es hermoso leer cartas de comuni- dades cristianas, como esta que llega de La Laguna, en el departa- miento de Chalatenango: “Por este medio, nosotros, las comu- nidades cristianas de La Laguna, queremos solidarizarnos con las comunidades de Las Vueltas, Chalatenango, y ofrecerles nuestra ayuda moral, económica y alojamiento en nuestras humildes chozas a tan ultrajadas familias, de acuerdo a nuestra posibilidad, al mismo tiempo que condenamos esa persecución despiadada que están sufriendo de parte de cuerpos de seguridad y de parte de organizaciones de derecha, a la vez que condena- mos y repudiamos los horrendos crímenes, que son evidente violación de los derechos humanos, los cuales en este país se irrespetan. Y, también, nos solidarizamos y denunciamos los asesinatos que, sin escrúpulo y con lujo de barbarie, se están cometiendo por estas localidades”. Esto precioso³, que yo agradezco y felicito, porque así es como hemos de vivir nuestra vida cristiana.

² “...hablará la señorita Refugio Álvarez, que es una de las principales promo- toras de esta obra”.

³ “Este es un gesto precioso”.

También, en este gesto de solidaridad de una Cuaresma que quiere ser eco de la verdad de Cristo, una bonita carta de Potonico, donde lamentan que esta emisora bombardeada, nuestra YSAX, haya hecho sentir al pastor “como que le han cortado la lengua; y a nosotros, los que lo oímos con tanto gusto, como que nos han destrozado los oídos”. Y ofrecen su apoyo, dentro de sus pobrezas, para que dentro de poco nuestra muerta o matada YSAX resurja con más vigor que antes⁷.

Entonces, presentemos, queridos hermanos, nuestra reflexión de este domingo, junto a la figura de Cristo transfigurado, con este tema: *La Cuaresma, plan de Dios para transfigurar a los pueblos desde Cristo*. Esta es la síntesis de mi pensamiento: que la Cuaresma, en este domingo de la transfiguración del Señor, nos revela el plan de Dios, plan amoroso, poderoso, para transfigurar a los pueblos salvándolos de todas sus miserias, injusticias y pecados, para transformarlos en pueblos, desde la belleza y desde la justicia y santidad del mismo Cristo⁸. Voy a desarrollar esta idea, como de costumbre, en los siguientes pensamientos: primero, Cristo transfigurado, término y plenitud de la historia de Israel; segundo pensamiento, en Cristo transfigurado, Dios ofrece a los pueblos un plan de liberación integral; y tercero, Cristo transfigurado es la presencia anticipada de una liberación definitiva más allá de la historia.

Cristo transfigurado, término y plenitud de la historia de Israel

El primer pensamiento, pues, es que Cristo transfigurado es como el término y la plenitud de la historia de Israel. La historia de Israel es un elemento fundamental en la catequesis de la Cuaresma. Y es porque aquel pueblo, que Dios escogió para hacer su pueblo entre todas las naciones del mundo, lo quería Dios como para ensayar, en él, la liberación que luego iba a ofrecer, en Cristo, a todos los pueblos.

Israel es como el modelo de la historia de la salvación, pero que después de Cristo se hace historia de salvación en las historias de todos los pueblos. Por eso, no debe de haber pueblo cristiano en Cuaresma que no se remonte a la historia de Israel para aprender, en ese antípodo de Dios que fue el Viejo Testamento, todo lo que Dios quiere hacer hoy con todos los pueblos del mundo.

Por eso, la primera lectura de hoy nos presenta el inicio de esa historia de salvación en el patriarca y padre de toda aquella nación: Abraham. Hasta Abraham, la historia natural era como el lienzo sobre el cual un pintor va a trazar un cuadro maravilloso que se llama “la historia de la salvación”. Sobre la historia universal, sobre la historia del mundo, Dios comienza, con esa hebrita, Abraham, a tejer la maravilla de la historia de salvación que entrelazará a todas las historias de todo el mundo.

Le hace Dios dos promesas, según el rito de aquellos pueblos antiguos. Primero, lo hace ver a las estrellas: “Mira, cuéntalas si puedes; pues así, numerosas como esas estrellas será tu pueblo, tu descendencia”. Cualquiera diría que era una burla de Dios a Abraham, ya viejo y estéril, sin hijos, y le está prometiendo un pueblo, una descendencia tan numerosa como las estrellas del cielo. Y también le promete: “Te voy a dar esta tierra. Aquí va a vivir esa patria que va a nacer de tus entrañas”. Y eran pueblos que entonces Abraham consideraba pueblos ajenos. Un peregrino de la historia, un hombre sin patria, sin suelo, y le dice Dios: “Te voy a dar un pueblo numeroso y esta será la tierra, la patria”.

Naturalmente, Abraham le dice al Señor: “¿Cómo voy a conocer que esta verdad se cumplirá?”. Y, entonces, Dios le manda a hacer ese rito de las antiguas promesas, de los juramentos antiguos: “Trae unos animales y pártelos en dos”. Era el gesto de que, cuando se hacía un convenio, entre un animal partido en dos, pasaban los que juraban algo para decir que, si no se cumplía la palabra que habían dado, debían de ser tratados como esa bestia descuartizada. Y, entonces, en el atardecer, la Biblia nos cuenta un gesto parecido al de Adán, cuando va a nacer la primera mujer: “un sueño profundo”; pero ve, sin embargo, el paso de Dios en forma de una humareda y de una antorcha que pasa entre los animales descuartizados. Como quien dice: “Dios está jurando, con el juramento de costumbre, que su palabra no es mentira y que la doble promesa —de una gran nación numerosa y de una tierra prometida— se va a cumplir a su tiempo”.

Así nace el pueblo de Israel: en un pacto de Dios, que pide a un hombre una fe. Esta será la característica: la fe. Y, por eso, Abraham no solo es padre de los judíos que nacieron para poblar aquella tierra, sino que es padre del nuevo Israel: el cristianismo,

Gn 15, 5

Gn 15, 7

Gn 15, 8

Gn 15, 9-10

Gn 2, 21

Gn 15, 12.17

que nace, precisamente, por la fe. Nosotros, cristianos, si creemos, somos hijos de Abraham, pertenecemos a la descendencia numerosa, como las estrellas del cielo; y, como las estrellas del cielo, jamás acabará esa raza de la fe. Los cristianos nadie los podrá acabar en el mundo³.

Pero decíamos que toda esa historia de Israel tiene un término, una meta, una plenitud; y la razón de esa elección de Abraham, de esa tierra prometida, de esa raza privilegiada por el Señor, es porque “en tu descendencia serán bendecidos todos los pueblos”. En esa frase está involucrada la existencia de Cristo. Cristo que será, en cuanto hombre, hijo de Abraham y de toda su descendencia. María, la Virgen escogida para darle carne al Hijo de Dios, es una israelita, es una hija de Abraham, es la flor en la cual fructifica la meta y el término, la gloria de toda la historia de Israel: Jesucristo nuestro Señor.

Cuando vemos, en el Evangelio de hoy, dos figuras destacadas del Viejo Testamento, Moisés y Elías —el gran legislador del pueblo y el gran profeta del pueblo—, vemos también esta gran verdad que estamos tratando de comprender: que Cristo transfigurado, entre Moisés y Elías, es la plenitud de toda la historia de Israel. Moisés y Elías, los patriarcas, los profetas, toda esa hebra de oro, que Dios va tejiendo en la historia de Israel, tiene un objetivo: traernos al Redentor, hacer nacer, de esa raza, al Hijo de Dios hecho hombre.

Pero ese Hijo de Dios hecho hombre está aquí, entre estos dos grandes personajes de las dos grandiosas cuaresmas de Israel: la cuaresma de Moisés, cuarenta años atravesando el Éxodo⁴ para llegar a la tierra prometida, y la cuaresma de Moisés en el Monte de Sinaí, cuarenta días y cuarenta noches hablando con Dios para traer, de allá, el decálogo a su pueblo; y Elías, el que, hastiado de la vida por la persecución del pueblo, emprende una peregrinación casi hacia el suicidio: “No soy mejor que mis padres, mándame la muerte”; y se acuesta junto a un arbusto del desierto a esperar la muerte, cuando un ángel misterioso lo despierta y le dice: “¡Come!”, era el pan misterioso con que Dios alimentaba, y le dice: “Camina, que todavía te falta mucho para vivir”. Y caminó cuarenta días por el desierto hasta volverse a

Gn 22, 18

Lc 9, 30

1 R 19, 48

⁴ “atravesando el *desierto*”.

encontrar con el Monte Sinaí, donde tuvo, también, otra teofanía: sintió un huracán, pero Dios no estaba allí; sintió un terremoto, pero Dios no estaba en el terremoto; por fin, pasa una brisa suavecita que le dice: “Dios va pasando”. Así habla Dios en la intimidad de la oración, así se personifica el diálogo con el Señor, que si es fuerte, como huracán y como terremoto, ante las injusticias y los pecados del pueblo, es suave y tierno con los profetas que tienen que anunciar cosas tan terribles a los pueblos que no quieren convertirse.

1 R 19, 11-13

Así, entre estas dos cuaresmas, el gran protagonista de la Cuaresma cristiana, Cristo nuestro Señor, nos está diciendo, también, que todas esas teofanías que se manifestaban en las nubes, en la voz del Padre, en el esplendor del Sinaí, están sucediendo allí; y que ahora ya no son voces misteriosas de los elementos naturales, ahora es Cristo mismo. Cristo es la gloria de Dios presente en la tierra, humilde y sencillo hijo de la Virgen, pero él lleva escondida toda una divinidad; y en esta hora de la transfiguración, Cristo nuestro Señor se presenta como la nube que involucra a Dios, como que desabrocha todo el secreto de lo que lleva escondido para manifestarse con la gloria de Dios; de tal manera que escucha del cielo quién es él, que ha venido a la historia: “Es mi Hijo, el elegido, escuchadle”. La gran revelación. Dichosos los cristianos que no esperamos a Cristo como lo esperaron los israelitas, sino que lo vimos ya presente en nuestra historia.

Lc 9, 35

Hablaban, con Moisés y Elías, un lenguaje doloroso: la pasión. Y lo presenta San Lucas. Hablaban de su éxodo, de su salida de este mundo, salida en dolor, salida en cruz, salida humillado⁵, pero para resucitar en la gloria de una Pascua que no se acabará más. Esa es la señal de todos los pueblos que Dios ama: sufrir dolores de parto porque van a producir nuevas generaciones, nuevos pueblos. Procuremos, hermanos, que Cristo esté en medio de nuestro proceso popular. Procuremos que Cristo no se aleje de nuestra historia. Esto es lo que más interesa en este momento de la patria: que Cristo sea gloria de Dios, poder de Dios; y que el escándalo de la cruz y del dolor no nos haga huir de Cristo, botar el sufrimiento, sino abrazarlo*.

Lc 9, 31

⁵ “salida humillante”.

En Cristo transfigurado, Dios ofrece
a todos los pueblos un plan de liberación integral

Porque en Cristo —y este es mi segundo pensamiento de hoy—, Dios ofrece a los pueblos un plan de liberación integral. Es la hora de los proyectos políticos en El Salvador; proyectos políticos que no valen nada mientras no traten de reflejar el proyecto de Dios. Y la misión del pastor, la misión de la Iglesia, no es entrar en competencias proponiendo un proyecto más, sino, con la autonomía y la libertad de los hijos de Dios y del Evangelio, señalar lo bueno que puede haber en cada proyecto para animarlo y denunciar lo malo que pueda haber en cualquier proyecto para acabar con él*.

Tenemos el proyecto de Dios en Cristo, presente sobre la montaña santa, transfigurado como el modelo del hombre, y una voz del cielo que significa al hombre: “Este es mi Hijo, el elegido, escuchadle”. El proyecto de Dios tiene que prevalecer sobre todo los proyectos humanos si quieren ser verdaderos proyectos humanos y no antihumanos*. La Iglesia tiene que tener siempre a la vista al hombre. Esta es la estrella que guía su caminar, incomprendido muchas veces, calumniado muchas veces, porque muchos quisieran hacer prevalecer sus proyectos temporales. A la Iglesia no le importa más que el hombre. El hombre, el hijo de Dios; y, por eso, le duele encontrar cadáveres de hombres, torturas a hombres, sufrimiento de hombres. Para la Iglesia, la meta de todos los proyectos tiene que ser este de Dios: el hijo, el hombre. Todo hombre es hijo de Dios y en⁶ cada hombre matado es un Cristo sacrificado que la Iglesia también venera*.

En las lecturas de hoy, Dios nos revela los dos grandes extremos de su proyecto: liberar *de* algo, para promover *hacia* algo. Promover de algo, remover la injusticia, apartar el pecado, redimir al hombre de la maldad. Allí está la causa de todas las injusticias que suceden en la historia: el pecado*. Y, por eso, no puede haber verdadera liberación mientras no se libere el hombre del pecado*. Debían de tenerlo en cuenta todos los grupos liberadores que surgen en nuestra patria, que la primera liberación que tiene que propiciar una agrupación política que de

⁶ Esta frase adquiere mayor claridad si suprimimos la preposición *en*: “cada hombre matado es un Cristo sacrificado”.

veras quiere la liberación del pueblo tiene que ser liberarse él mismo de su propio pecado; y mientras sea esclavo del pecado, del egoísmo, de la violencia, de la crueldad, del odio, no es apto para la liberación del pueblo*.

Si el Padre ha querido hacer presente en Cristo su misericordia y su amor, dándole carne humana, es porque quería que esa carne humana de Cristo quedara un día clavada en la cruz como pago, como signo de lo que es para Dios el pecado. Así es el pecado, es muerte. Por eso, donde quiera que hay muerte, hay pecado; la muerte es la señal evidente de que el pecado reina. Espanta pensar que en la patria haya tantos muertos y que los caminos sagrados de nuestro suelo se empapan cada vez más de sangre humana. El pecado reina en El Salvador y los liberadores de El Salvador tienen que comenzar por allí: cómo arrancar el pecado de nuestro suelo. Este es el proyecto de Dios. De allí parte el proyecto de Dios. Y todo proyecto político que no tenga en cuenta el pecado, la injusticia, el querer mantener la injusticia social, es querer mantener entronizado el pecado y echar aparte a Dios. Sin Dios no puede haber liberación; y donde hay pecado no puede estar Dios. Los proyectos que solamente se montan para mantener privilegios escandalosos no pueden ser de Dios*.

Este es el término negativo de la redención: Cristo vino para salvarnos del pecado. ¡Y le costamos tanto! Tanto dolor y tanto sufrimiento no lo olvidemos en Cuaresma. El Cristo crucificado me está predicando a mí mismo y, antes de hablar y criticar a los otros, tengo que mirarme a mí mismo, que yo también he clavado a Cristo con mis pecados y que, mientras no me redima y no busque la liberación de mi propia conciencia para hacerme hijo de Dios, estoy necesitado de liberación yo mismo.

Por eso, el segundo término, positivo, maravilloso, es que estos hombres, arrancados del pecado, los eleva hasta la dignidad de hacerlos sus hijos: "Este es mi hijo". No hay cosa más bella; y la conciencia misma lo siente cuando uno está en gracia de Dios, cuando ha salido, tal vez, de un pecado que le causaba repugnancia, asco, abominación de sí mismo. Hermanos, perdonen la franqueza: ¿quién de nosotros no ha sentido el asco del pecado? Y ojalá, todos, de aquí en adelante, pudiéramos decir que hemos sentido la alegría de la redención. La promoción verdadera es sentirse hijo de Dios, perdonado por Dios, heredero de Dios, hermanos de Cristo, raza de eternidad.

Lc 9, 35

Cristo, colocado en la cumbre del Tabor, es la imagen bellísima de la liberación. Así quiere Dios a los hombres: arrancados del pecado y de la muerte y del infierno, viviendo su vida eterna, inmortal, gloriosa. Este es nuestro destino, y hablar de ese cielo no es alienación, sino motivación para trabajar con más garra, con más gusto, las grandes responsabilidades de la tierra. Nadie trabaja la tierra y la liberación política de los pueblos con tanto entusiasmo, como aquel que espera que las luchas liberadoras de la historia se incorporarán en la gran victoria de la liberación de Cristo. Cuando sabe que todo lo que reguemos en el mundo —como dice el Concilio— en justicia, en paz, en palabras de amor, en llamamientos a la cordura, todo eso lo encontraremos transfigurado en la belleza de nuestra recompensa eterna.

Cristo, pues, es el modelo del plan liberador de Dios. No quiero abusar de su tiempo, porque aquí tenía una página bellísima del documento de Puebla en que, siguiendo el esquema de Juan Pablo II cuando inició la reunión de obispos en Puebla, el documento recoge las tres grandes teologías de nuestra América Latina: la teología sobre Cristo, la teología sobre la Iglesia y la teología sobre el hombre. Esas páginas sobre el hombre, yo les recomiendo, sobre todo a quienes sienten inquietudes sociales y políticas, que no dejen de leerlas; más aún, estudienlas porque no se puede ser un buen político, un buen estratega de la sociología, si no se tiene en cuenta al hombre; y la Iglesia, en el continente latinoamericano, tiene mucho que decir acerca del hombre, sobre todo cuando mira al hombre en ese triste desfile que presentó Puebla: rostros de campesinos sin tierra, ultrajados y matados por las fuerzas y el poder; rostros de obreros despedidos sin causa, sin paga suficiente para sostener sus hogares; rostros de ancianos; rostros de marginados; rostros de habitantes de los tugurios; rostros de niños pobres que, ya desde su infancia, comienzan a sentir la mordida cruel de la injusticia social^{*}, y para ellos parece que no hay porvenir, para ellos no habrá escuelas ni colegios ni universidad. Con qué derecho nosotros hemos catalogado a hombres de primera clase y hombres de segunda clase, cuando en la teología del hombre solo hay una clase: la de los hijos de Dios^{*}.

En la segunda lectura de hoy, San Pablo nos habla de este Cristo en el que Dios nos ofrece los proyectos de la verdadera

liberación. Y opone, a los seguidores de Cristo, “los enemigos de la cruz de Cristo”, que solamente buscan los beneficios terrenales, solo aspiran a cosas terrenas: “Su Dios es su vientre, su gloria son sus vergüenzas”. Frases duras de San Pablo para descalificar esos proyectos de la historia que solamente buscan bienes temporales, y presentar el gran proyecto de Dios que quiere incardinarnos, en los proyectos de la tierra, su gran proyecto divino; aquel Dios que, desde su resurrección, nos está diciendo que el cristiano es habitante de la eternidad, que va peregrinando en esta tierra, trabajándola porque tiene que darle cuenta a Dios, pero que su patria definitiva es allá, donde Cristo vive para siempre y donde seremos felices con él, con el gran liberado. Los pueblos liberados, los hombres liberados serán aquellos que han hecho suya esta que San Pablo llama “la energía que posee todo para someterlo todo a Cristo”.

Flp 3, 18

Flp 3, 19

Flp 3, 21

Hermanos, no somos débiles cuando hablamos, como cristianos, de nuestra fe en Cristo. Nadie tiene la fuerza de un cristiano cuando tiene fe en el Cristo que vive y es energía de Dios. ¿Qué conductor de la humanidad puede decir a todos sus seguidores que vive eternamente? ¿Qué victorioso del mundo puede señalar a toda la humanidad la gran victoria de su muerte y de su resurrección? No son falsas consideraciones, es la realidad fundamental de nuestra fe cristiana. Cristo ha resucitado y la muerte no lo dominará más; y el destino de ese Cristo resucitado es someter toda la historia a su imperio, para que un día él pueda entregar a Dios el reino del universo, reino cósmico, reino de hombres, de historias, donde comparecerán hasta sus enemigos, encadenados bajo el poder del Cristo, que vencerá para siempre.

Esta es nuestra fe que vence al mundo —decía Cristo—; y, por eso, el proyecto de Dios cuenta con la energía más grande. No es un proyecto impopular, es un proyecto que cuenta con el aplauso y el amor de todos los seguidores del Evangelio. Y que se ha hecho ya —dice el Concilio— una “nube de testigos”, todo lo santo y bueno que ya vive en la eternidad y que no se ha desprendido de nuestra historia. Porque no pensemos, hermanos, que nuestros muertos se han apartado de nosotros; su cielo, su recompensa eterna, los perfecciona en el amor, y siguen amando las mismas causas por las cuales murieron, lo cual quiere decir que en El Salvador esta fuerza liberadora no solo cuenta con los que van quedando vivos, sino que cuenta con

1 Jn 5, 5

todos aquellos que les han querido matar y que están más presentes que antes en este proceso del pueblo*.

Por eso, interesa, de verdad, que los liberadores de la historia de nuestro pueblo y de todos los pueblos de América y del mundo... No me olvido que me están escuchando en Costa Rica también y, a través de las ondas cortas de *Radio Noticias del Continente*, también en varios países del continente, y que el silencio de la YSAX ha hecho este milagro de hacer oír mi voz más allá de las fronteras de mi patria*. Recojan, queridos hermanos del continente, este aplauso de esta iglesia llena, para enviarles un saludo a todos ustedes y decirles conmigo que esta fe cristiana es la que le da el verdadero valor a todos los procesos liberadores de nuestros países latinoamericanos: la fe en Cristo*. Me alegra que la intransigencia cerrada de quienes han querido callar la voz de la YSAX haya abierto horizontes tan amplios a esta voz de la pequeña Iglesia del más pequeño país del continente, y desde aquí podamos hablarles esta palabra liberadora*.

Cristo transfigurado, presencia anticipada de una liberación definitiva

Para ustedes y para nosotros, que reflexionamos aquí, mi tercer pensamiento de esta homilía de hoy: Cristo transfigurado, presencia anticipada de una liberación definitiva. Ya casi lo he dicho, pero quiero fijarme en el Evangelio de hoy; que ese Cristo, que se transfigura pocos días antes de sufrir el Calvario, nos está diciendo cuál es la meta del sufrimiento al que él invita a sus apóstoles y a sus cristianos.

La teología de la transfiguración está diciendo que el camino de la redención pasa por la cruz y por el Calvario, pero que más allá de la historia está la meta de los cristianos; no para alienarse de la historia, sino para darle más sentido a la historia, sentido definitivo. Desde el día en que Cristo resucitó, quedó encendida en la misma historia del tiempo una antorcha de la eternidad. Desde el día en que Cristo resucitó en la historia de los hombres, los hombres cuentan, en su historia, con un motivo que no existía nunca ni lo tendrá nadie: Cristo vive y el que trabajó con él vivirá eternamente. Desde que Cristo resucitó y se transfiguró para todos los hombres en la historia, Cristo le está diciendo a todos sus seguidores: "El que cree en mí, no

morirá para siempre". Este Cristo es el que entusiasmaba a San Pablo cuando escribía esta carta, que hemos leído hoy, y les decía a sus cristianos: "Somos ciudadanos del cielo, de donde aguardamos un Salvador que nos da la energía para someterlo todo bajo los pies de Cristo".

Flp 3, 20-21

Yo creo, queridos hermanos —y me alegra de decirlo en plena Cuaresma—, que nosotros, los cristianos, somos los llamados a ofrecer a la historia del continente latinoamericano, los hombres nuevos que los obispos señalaron allá en Medellín cuando dijeron: "De nada sirve cambiar estructuras económicas, sociales, políticas; de nada sirven estructuras nuevas si no hay hombres nuevos". Y los hombres nuevos, los hombres renovados, son aquellos que, con su fe en la resurrección de Jesucristo, hacen suya toda esta grandiosa teología de la transfiguración. No le tienen miedo al sufrimiento, se abrazan a la cruz no con conformismo, sino como María, que, desde su pobreza y desde su sufrimiento, supo decir también: "Ha despachado vacíos a los ricos y ha colmado de bienes a los humildes, y ha despedido del trono a los poderosos cuando se convierten en idólatras de su propio poder"*. M 1, 3

Lc 1, 52-53

Por eso, la oración que hoy hemos elevado al principio de la misa; le pedía a nuestro Señor que nos purifique nuestra mirada para que un día también nuestra mirada se llene de alegría en la contemplación de su gloria. Hermanos, no perdamos de vista esta trascendencia del mensaje cristiano. Por más grandes que sean las preocupaciones y las responsabilidades de las luchas por el pueblo, no nos quedemos así, con energías inmanentes, sin trascendencia. Yo quisiera que hubiera muchos políticos, muchos jóvenes y hombres que se organizan, pero con un gran profundo sentido cristiano, y que lleven este testimonio de trascendencia a este proceso de nuestro pueblo, que hoy, más que nunca, necesita el testimonio cristiano.

Por eso, el proceso liberador de nuestra patria salvadoreña puede estar muy seguro de que la Iglesia no lo dejará; lo seguirá acompañando, pero con su voz auténtica de Evangelio, de trascendencia, de Cristo; y seguirá reclamando a todos los liberares de la historia que, si quieren ser fuertes y eficaces, pongan su confianza en el gran liberador, Jesucristo, y no se aparten para nada de él. Y mucho cuidado con robarle al pueblo estos sentimientos cristianos que lo hacen tan noble y tan vigoroso*.

Vida de la Iglesia

Estas reflexiones que hemos hecho sobre Cristo transfigurado y nuestra Cuaresma son las que tratamos de encarnar en nuestra Iglesia, como arquidiócesis. Y, por eso, para quienes no están acostumbrados a oír nuestras homilías, les diré que pasamos aquí una especie de crónica de nuestra semana para decirles lo que trabajamos en la Iglesia; no por vanidad, sino con el afán de compartir, con todos los que creemos en el Señor y formamos la Iglesia, los ideales en los cuales queremos crecer cada día más para hacer verdadera Iglesia de Jesucristo*.

Lo primero que les quiero decir hoy es un llamamiento a la generosidad de todos ustedes, para vivir esta semana con el espíritu del Sacrificio Voluntario, cuyos conceptos los va a decir la niña⁷ Refugio, después de mi homilía.

También quiero comunicarles, con alegría de pastor, que esta semana hice mis ejercicios espirituales, junto con un grupo de sacerdotes de la vicaría de Chalatenango, y que esa reflexión espiritual y pastoral, en medio de amigos y hermanos sacerdotes, me ha hecho muy bien. Ayer, cuando un periodista me preguntaba dónde encontraba yo mi inspiración para mi trabajo y mi predicación, le decía: “Es bien oportuna su pregunta porque, cabalmente, vengo saliendo de mis ejercicios espirituales. Si no fuera por esta oración y esta reflexión que trato de mantener unido con Dios, no sería yo más que lo que dice San Pablo: ‘una lata que sueña’”*. Y, por eso, hago un llamamiento para que todos —sacerdotes, religiosos, religiosas, cristianos, comunidades— no dejen pasar su Cuaresma sin una revisión muy a fondo de su vida espiritual.

Quiero expresar, también, un agradecimiento muy grande a la solidaridad que, en forma tan abundante, sigue llegando con motivo del atentado contra nuestra emisora *YSAX*. Ya he expresado mi gratitud para esta emisora, que está transmitiendo hoy: *Radio Noticias del Continente*, de Costa Rica*. También, sobre todo, me agrada la forma espontánea con que su representante aquí, en El Salvador, acudió a prestar un auxilio, mientras que muchas de nuestras emisoras de El Salvador se han dejado vencer del miedo*. Yo comprendo —y no los culpo— el riesgo de servir

⁷ En El Salvador, *niña* es un tratamiento respetuoso equivalente a señorita, señora o doña, Cfr. Matías Romero, *Diccionario de salvadoreñismos*.

a la verdad en un mundo donde se paga mejor la mentira*. Considero también muy valiosos gestos de solidaridad la transmisión de algo de la homilía en emisoras de Venezuela y Colombia, según he tenido noticias. También, la difusión que se ha hecho, mediante los casetes que se están grabando aquí, en la iglesia. El domingo pasado alguien contó cerca de cincuenta grabadoras junto a las bocinas de la basílica. Yo les agradezco porque esto es un gesto muy bonito de solidaridad*.

También quiero decirles que en *Orientación*, nuestro semanario católico, pueden encontrar íntegro el texto de las homilías que no se pueden pasar, por hoy, en YSAX. Quiero agradecer, de manera muy especial, la ayuda que los técnicos de la UCA; y esta mañana también los técnicos de ANTEL me han ofrecido para prestarse a levantar muy pronto y con gran poder nuestra emisora católica*. Ayudas económicas han llegado de diversas maneras, grandes y pequeñas. Grandes como la de aquel grupo político que me llevó cinco mil colones, pero a quien le dije abiertamente: “Sin compromisos, la Iglesia no se vende a nadie”*. Pero quien me los entregaba me dijo, también, muy francamente: “No pretendemos comprarlo”, sino que queremos expresar, con esto, nuestra admiración para la Iglesia, porque la consideramos una voz indispensable en el proceso actual de nuestro país”*.

Muchas cartitas, con el lenguaje sencillo del campo, me llenan de mucha emoción; porque, de veras, siento el gran bien que hace nuestra emisora y el gran mal que han hecho los enemigos de la Iglesia al quitarle esta voz a la Iglesia. Ojalá no lo vuelvan a repetir, que la Cuaresma los convierta y que sepan discutir como hombres; que las razones se combaten con razones si no están de acuerdo*, pero que jamás se use la fuerza bruta para querer callar una voz de la verdad, que puede ser más débil en el sentido físico. Acuérdense del gigante Goliat, que se reía del pequeño David porque iba al encuentro solo con una hondilla, y David le dice: “Tú te ríes porque vienes confiando en tus grandes armamentos; yo salgo a ti en el nombre del Señor”. Y en el nombre del Señor mueve su hondilla y se la clava, la piedra, en la frente y el gigante queda vencido por el pequeño David; son los hechos de Dios*. La verdad físicamente puede ser muy débil, como el pequeño David, pero por más grande y más armada que se ponga la mentira, no es más que un fantástico Goliat que caerá por tierra bajo la pedrada de la verdad*.

1 S 17, 45.47

Quiero contarles, a quienes no lo vivieron, el momento precioso que vivimos ayer aquí en la basílica, al ordenar sacerdote a nuestro querido Jaime Paredes, que está concelebrando conmigo esta mañana. Hay rasgos que me conmovieron y que creo que conmovieron a todos los asistentes; por ejemplo, el abrazo cariñoso de sus dos papás; la presencia de la niña Nacha. La niña Nacha es una enfermita del hospital de la Divina Providencia que fue niñera del padre Jaime y qué alegría cuando pudo besar sus manos de sacerdote*. Me conmovió, también, la lágrima que vi en el rostro de un joven de uno de nuestros Seminarios —porque ya, gracias a Dios, tenemos cinco Seminarios y, en el de vocaciones tardías, jóvenes que, quizás, son los que con más ansias aspiran al sacerdocio— cuando vio postrado a Jaime aquí, ante el obispo; de veras se estremeció hasta las lágrimas, quizás soñando el día en que, dentro de poco, él también se postrará para percibir su anhelado sacerdocio*.

Pero, sobre todo, me conmovió —y lo digo como testimonio de nuestra alegría como Iglesia— la unidad de los sacerdotes. Vinieron muchos sacerdotes; y, sobre todo, también, la floración de vocaciones, cinco Seminarios; era un mundo de jóvenes, todos aspirantes al sacerdocio, en diversos escalones ya de su carrera, pero de veras son una esperanza de un pueblo que Cristo pudo decir: “La mies es mucha y los obreros son pocos, rogad al Señor de la mies que envíe obreros”; y yo creo que la oración de ustedes está haciendo este milagro de multiplicar hasta sobrarnos —porque no caben en nuestros Seminarios— los jóvenes que aspiran al sacerdocio. Pero les digo, a los que no han podido entrar, que cultiven sus sentimientos en sus hogares, en sus colegios, y que, aun sin pasar por el Seminario, viviendo en comunidades cristianas, parroquiales, pueden prepararse y un día presentarse ya aptos para recibir la ordenación sacerdotal, después de algunos breves requisitos. Hermanos, Dios nos está bendiciendo, y alguien que desde Europa contempló este panorama nos decía: “Nos tienen que mandar ustedes vocaciones a Europa, allá nos faltan y aquí les sobran”**.

Ayer partió para el Brasil una comisión de sacerdotes, religiosas y laicos, invitados para una reunión de comunidades eclesiales de base. Brasil, donde estas comunidades florecen maravillosamente, dejará, sin duda, una gran lección, una gran experiencia a quienes luego vendrán a cultivarlas también entre nosotros.

Esta noche, a las 7:00, habrá confirmaciones en la parroquia del barrio de Lourdes.

El domingo pasado, olvidé el encargo de una estimada cristiana que pedía oraciones por la religiosa Marie Pierre Dykmans, en el primer aniversario de su muerte, ya que trabajó mucho aquí, en el Colegio Sagrado Corazón.

También había olvidado decirles que las hermanas de Bethania sostienen una residencia para empleadas, estudiantes y profesionales, como un apoyo espiritual y respaldo moral aquí, en la capital. Esta casa se llama *Ave María* y está allá, en el costado oriente de la UCA. Si alguna señorita, pues, necesita este apoyo moral de la Iglesia, lo puede encontrar allí, con las hermanas de Bethania.

En esta perspectiva eclesial de nuestro domingo, quiero fijarme también en el magisterio del Papa. Hermanos, la gloria más grande de un pastor es vivir en comunión con el Papa. Para mí, es el secreto de la verdad y de la eficacia de mi predicación estar en comunión con el Papa. Y cuando encuentro en su magisterio pensamientos y gestos parecidos a los que necesita nuestra Iglesia, me lleno de alegría. Por ejemplo, cuando celebró, en los últimos días de febrero, una misa en la Basílica de San Pedro por el profesor Vittorio Bachelet, asesinado en Roma, habló, en su homilía, sobre el sacrificio de Bachelet unido al sacrificio de Cristo en la cruz y de los mártires de los primeros tiempos de la cristiandad⁸. Creo que esto nos autoriza para que también entre nosotros, sacerdotes y catequistas que han muerto por su fe cristiana, podamos llamarlos también, aunque en sentido popular, verdaderos mártires de nuestra fe^{*}.

Al mismo tiempo, el Papa preguntaba lo que yo quiero preguntar ahora también: “¿El programa que escoge la muerte de hombres inocentes no está dando, quizás, el poseer⁹ verdad alguna con la cual pueda vencer, con la cual pueda conquistar los corazones y las conciencias, y servir el verdadero progreso del hombre?”. O sea, que la violencia es el gesto más elocuente de que el que mata no tiene razón o sus razones son muy débiles. La violencia no honra a ningún movimiento.

⁸ Cf. Homilía de Juan Pablo II en la misa en sufragio de Vittorio Bachelet (23 de febrero de 1980), *L’Osservatore Romano*, 16 de marzo de 1980.

⁹ Cf. Ibíd. El texto del Papa dice: “el no poseer verdad alguna”.

También el Papa dijo que la raíz de los males del mundo actual está dentro del hombre, el remedio debe comenzar desde el corazón. Es lo que estamos predicando en nuestra Cuaresma. También el Papa dijo ante el pueblo de Roma: “La humanidad está enfrentando una amenaza con el mal, como nunca antes quizás la experimentó”¹⁰. No nos asustemos, nos ha tocado vivir la hora de un enfrentamiento del bien con el mal. Y en vez de asustarnos, la reacción debe ser adherirnos más al bien, en vez de hacernos solidarios del mal.

También, otro mensaje del Papa, muy oportuno para nosotros, cuando recomendó el cuidado pastoral de los matrimonios y de las familias cristianas y se refirió, con espíritu muy comprensivo, a los que se han separado en el matrimonio. También dijo el Papa que “los hogares que conocen la separación, la gente que se ha divorciado y vuelve a casarse en ceremonias civiles, que no completan la vida sacramental, deben ser ayudadas en sus necesidades espirituales”¹¹. Naturalmente que no es una santificación del adulterio, pero sí es un llamamiento a la comprensión, porque la experiencia pastoral enseña mucho de lo que sufren estos hogares que no han sabido ser fieles a su primer compromiso, pero sepan que cuentan siempre con la misericordia de Dios y que la Iglesia los va siguiendo con afecto para que se conviertan y vivan.

También es interesante la noticia de que en Roma, el próximo octubre, va a haber un diálogo entre filósofos cristianos y marxistas. Para aquellos que se espantan del marxismo tan fácilmente* no por motivos cristianos, sino por intereses egoístas, porque jamás habíamos visto tanto celo anticomunista como cuando ven en peligro sus intereses egoístas. Pero sí puede haber un diálogo no para claudicar en los principios de la fe, sino para comprender qué se entiende hoy por comunismo, por marxismo. Y muchas veces, quienes se espantan más de los grandes males del comunismo no se quieren fijar en los grandes males del capitalismo, que está sacrificando a nuestro pueblo*.

¹⁰ Alocución dominical de Juan Pablo II (24 de febrero de 1980), *L'Osservatore Romano*, 2 de marzo de 1980.

¹¹ Discurso de Juan Pablo II en la clausura de la preparación de la V Asamblea General del Sínodo de los Obispos, sobre la familia cristiana” (23 de febrero de 1980), *L'Osservatore Romano*, 9 de marzo de 1980.

Hechos de la semana

Desde nuestra Iglesia, que tratamos de vivir con estas grandes reflexiones, nosotros sentimos la responsabilidad de iluminar nuestro contorno, nuestra vida nacional. Quienes allá, lejos de nuestra patria, no conocen la situación de El Salvador, les quiero suplicar: no se escandalicen antes de conocer la realidad; porque yo he recibido cartas de España en que me critican como el más grande comunista; pero les he suplicado que vengan a conocer la realidad y que verán que no soy más que un cristiano que trata de defender el Evangelio, precisamente, de las ideologías que puedan hacer perder la gracia de nuestro pueblo*.

El primer capítulo de este comentario de la semana se refiere a la violencia. Son cada vez más alarmantes las noticias que llegan al arzobispado sobre la creciente represión que los cuerpos de seguridad han desatado en contra de los campesinos organizados. Esta represión no solo los está afectando a los organizados, sino a la misma población rural en general. Se destruyen las organizaciones populares, ya se sabe con qué ideas: porque un pueblo desorganizado es una masa con la que se puede jugar; pero un pueblo que se organiza y defiende sus valores, su justicia, es un pueblo que se hace respetar. Para ello, se están utilizando operativos muy crueles, armamentos; y, sin ningún escrúpulo, se está asesinando a numerosos campesinos. También, aquí, en la capital se sienten, aunque en menor proporción, los efectos de esta acelerada escalada represiva, complementada por la acción de las organizaciones paramilitares de ultraderecha, que actúan, parece ser, bajo el amparo de los mismos cuerpos de seguridad*. Yo tengo una carta muy confidencial a este respecto, pero me reservo sus juicios porque son muy comprometedores.

Tengo, en cambio, el informe de Socorro Jurídico, que me dice: "Esta semana la violencia ha arreciado especialmente en el campo. La situación está cada vez más grave. Han sucedido, en zonas rurales, cosas realmente horrorosas. Un operativo militar en Rosario, Ojo de Agua, El Terrero, todos de Dulce Nombre de María, el 26 de febrero. Resultaron nueve ranchos quemados, acciones de pillaje y bandolerismo, cinco campesinos muertos y, lo más doloroso, que se encuentra entre ellos a dos niñitos asesinados. Estos operativos militares infunden terror en la población y han sucedido en varias zonas del país durante esta sema-

na, en Aguilares, Suchitoto, Sonsonate, Chalatenango, Sensuntepeque, cantones de La Unión —cabalmente, de La Unión, al entrar a la iglesia, me llegaba una carta en que lamentan la muerte de un catequista muy querido, Rubén Benítez, de la parroquia de La Unión—. Estos operativos, además de ser inhumanos, son anticonstitucionales, en razón de que, sin ninguna base legal y amparándose solo en acciones de hecho y rumores, los cuerpos de seguridad se toman, por tres días o más, varias poblaciones creando ejércitos y zonas de ocupación, suprimiendo, tal como hacen en estado de sitio, los derechos más fundamentales del campesino salvadoreño". ¿Con qué derecho después se quejarán de las ocupaciones de fincas de otras fuerzas?

Quiero denunciar la amenaza, especialmente, de la Guardia Nacional y de ORDEN, a los campesinos del cantón El Zapote, de Suchitoto, en el sentido de que, si no desalojan la zona, serán cruelmente reprimidos. Ha habido éxodo. Pero esto es inconcebible, no hay ninguna razón para que los campesinos desalojen sus humildes viviendas. Yo pido, formalmente, al Gobierno, que sean respetados los derechos sagrados de estos campesinos a su vida y a su vivienda¹².

Entre enero y febrero, unas seiscientas personas han perdido la vida debido a esta situación política. El ataque en contra de los campesinos es desproporcionado. Otros sectores del pueblo también lo están sufriendo. Tenemos catorce personas capturadas y, posteriormente, desaparecidas por motivos políticos durante estos dos meses. Estas se encuentran debidamente registradas y no es invento de nadie, como alguien dijo por televisión.

En esta semana, tenemos cuarenta y cinco asesinados de los sectores populares por razones políticas. Entre ellos, tres profesores más —son ya trece en dos meses—: uno en Atiquizaya, otro en Morazán y otros en Chalatenango; por lo menos, trece campesinos de la zona de Aguilares y Suchitoto, ocho de la zona de Chalatenango, quince en Sonsonate.

También fueron capturados el campesino Encarnación López López, el campesino José Cecilio Hernández Alfaro, el estudiante Óscar Ernesto Chacón Melgar. Todos ellos, sin haber sido consignados ante los tribunales. El Socorro Jurídico intervino en el caso de Juan Chacón¹², a petición de su mamá. Me in-

¹² Secretario General del Bloque Popular Revolucionario.

forman que fueron puestos en libertad ayer, juntamente con dos integrantes de las Ligas Populares^{*}.

En horas del mediodía, ayer, se nos informaba de la captura del estudiante universitario Óscar Edmundo Bonilla. Espero que ya lo hayan puesto en libertad, y si no, junto con los otros, yo pido que se les remita a los tribunales o que se les deje en libertad si no hay causa para tenerlos detenidos.

Me preocupa que se dé tanta violencia en el país; pero, hermanos, lo que más me preocupa es que la capacidad de reacción, condena y protesta de la población, en general, ha disminuido notablemente y esto ha permitido que se continue reprimiendo con mayor descaro y libertad. Se publican, quizás ahora más que antes, denuncias de las distintas organizaciones afectadas, condenando los hechos respectivos; pero las elevadas cifras de víctimas llaman cada vez menos la atención entre la opinión pública y provocan menos reacción, encaminada a garantizar la defensa de los derechos humanos.

Tratando de analizar las causas de este fenómeno, me parece que en gran parte se debe a que existe ahora, entre la población, un mayor temor de hablar y actuar; y, lo que es peor, cada vez hay más escepticismo acerca de la eficacia de la denuncia, la protesta y el diálogo. Cada vez, los distintos sectores creen menos en la eficacia de las leyes y en la justicia estatal. Los mismos cuerpos de seguridad están mostrando que, actualmente, en lo único que creen es en el poder de sus armas. El silencio de la Junta y del poder judicial ante tanta violencia da la impresión de que ellos no tienen el control sobre los cuerpos de seguridad y hasta puede ser un símbolo, un silencio cómplice de estas sistemáticas violaciones. Es un silencio muy peligroso porque contribuye notablemente a que el pueblo crea cada vez más en su propio derecho de hacerse venganza, lo cual es muy malo, pero se explicaría si no hay una reacción más firme de parte de quienes tiene que imponer la justicia en el país^{*}.

Otro capítulo al que me quiero referir es la reforma agraria. Se rumora que, en esta semana que vamos a entrar, se decretará la reforma agraria y quizás otras reformas económico-sociales. Todas ellas, si no van acompañadas de una decisión firme de acabar con la represión, serán interpretadas como medidas distractivas de la opinión pública internacional y nacional, que pretenden encubrir, así, el torrente de sangre popular que se está derramando^{*}.

Si insisto en que cada vez hay mayor represión y que cada vez se reacciona menos ante este hecho, hermanos, entiéndanme bien: no quiero incitar a la violencia. Quienes así me han interpretado me calumnian. Al contrario, lo que me interesa es pedir a los responsables de la escalada represiva que dejen de utilizar la violencia para mantener oprimido al pueblo, y que quiero también motivar al pueblo a no perder su sensibilidad moral y su conciencia crítica. Lo digo también, porque insisto en que es imposible para un Gobierno verdadero —que se llama también revolucionario— promover procesos y proyectos de reformas y cambios sociales al mismo tiempo que se mantiene un clima de represión en el pueblo.

La reforma agraria está a la base de todos nuestros cambios estructurales. No voy a ser yo, pastor de la Iglesia, el técnico de señalar cuál es la mejor fórmula; pero, como pastor, quiero decir estas cuatro condiciones:

Primero, que es un cambio urgente, que si no se hace pronto se está dando tiempo a la oposición de la derecha a fortificarse y se pierde cada vez más la credibilidad del pueblo*.

Segundo, que tiene que ser una reforma que cuente con el apoyo del pueblo. De ninguna manera debe ser un proyecto impuesto desde afuera o desde arriba. No bastan los millones de dólares para una transformación querida por el pueblo*; más que una ayuda de esa categoría, vale la opinión y el consenso mayoritario del pueblo. Sin él, no hay nada*.

Tercera condición, debe ser una reforma justa y previsora de justicia. Hay el peligro de los sobornos, hay el peligro de que las Fuerzas Armadas no apoyen al pueblo, sino a la oligarquía*. Si no contamos con una Fuerza Armada que apoye al pueblo en esta reforma agraria, todo será ineficaz. Debe lograrse una sincera función social de la propiedad.

Y cuarta condición, muy importante para la Iglesia, toda transformación en el país, debe respetar los sentimientos cristianos del pueblo, debe oírse la doctrina social de la Iglesia, a la que pertenece la mayoría de nuestro pueblo*.

Un tercer capítulo de mi comentario es la *Plataforma Programática del Gobierno Democrático Revolucionario*¹³. Así se

¹³ Cfr. *La Prensa Gráfica*, 28 de febrero de 1980.

llama un pliego de propuestas que se ha dado a conocer esta semana. La coordinadora de las organizaciones populares¹⁴ ha dado esta semana un paso más en su proceso de unificación, proponiendo, a los sectores democráticos y pueblo en general, una plataforma de gobierno. Espero que los distintos grupos políticos y gremiales responsablemente reaccionen ante esta invitación, manifestando su punto de vista y colaborando a crear una alianza popular mayoritaria, que sea la expresión legítima de la voluntad del pueblo^{*}.

Quiero recordar que este mismo llamado a solidarizarse con el verdadero bien común del pueblo, prescindiendo de los criterios de grupo, fue el que hice cuando se pronunció la Proclama del 15 de octubre¹⁵ y cuando algunos se apresuraron no a dar una crítica constructiva, sino a negarlo. Lo mismo dije cuando se pronunció, por el ministro de Agricultura¹⁶, que ya renunció, el proyecto de transformación agraria: que no era un regalo del Gobierno al proceso del pueblo, sino un proceso que encontraba apoyo en el Gobierno; y que el Gobierno que quisiera ganar esa popularidad tenía que unirse al proceso del pueblo y no estorbarlo^{*}.

Es el mismo criterio el que me guía hoy al anunciar esta nueva plataforma de las organizaciones populares. Hoy, como entonces, no les digo que se incorporen en este proceso en una forma acrítica, sino que den su aporte crítico, constructivo, que haga viable una salida democrática del país. Es un anuncio de que nos podemos entender y que el pueblo puede encontrar su camino y que no espere que le venga impuesto por la fuerza. A la Iglesia no le corresponde identificarse con un proyecto, ni siquiera tiene competencia técnica para opinar, desde la perspectiva de las ciencias sociales, sobre la forma concreta de hacer viable este proyecto. Sí es su misión alentar los procesos tendientes a la unidad, que traten de buscar una mayor justicia y respeten los derechos humanos más fundamentales. También la Iglesia reclama para sí, en esta hora del proceso, el poder intervenir desde sus competencias de defensora de los valores

¹⁴ Coordinadora Revolucionaria de Masas.

¹⁵ Proclama de la Fuerza Armada de El Salvador, en el golpe de Estado del 15 de octubre de 1979.

¹⁶ Enrique Álvarez Córdova.

cristianos y humanos. A este nivel, la Iglesia aporta su concepción sobre el hombre, los derechos humanos, su promoción. Recuerdo cuando Pablo VI, en plena Asamblea de las Naciones Unidas, definió la Iglesia, inerme y sin poderes políticos y diplomáticos; sin embargo, la gran “experta en humanidad”¹⁷. Esto es la Iglesia: “experta en humanidad”*. Y por eso, el pueblo puede estar seguro de contar con esta experta en humanidad en la hora en que se proyecta la figura de su propio destino. Y rechazará, con celo, toda visión que distorsione la verdad acerca de la persona humana. Acerca de esta verdad, pues, el documento de Puebla, como ya les dije, tiene maravillosa doctrina que sería bueno que se estudiara y es muy oportuna en esta hora.

Otro punto de mi comentario es que la Iglesia hace un llamamiento al pueblo para que tome en cuenta que es el artífice de su propio destino; que la Iglesia tiene como misión, denunciar con igual libertad a los grupos populares que atropellen estos derechos humanos. Por eso, no sería completa la denuncia de esta mañana a la represión militar y paramilitar si no dijera también que estas represiones, que hemos dicho que ofenden no solo a los organizados, sino también al pueblo, muchas veces son, en parte por lo menos, culpa de ciertas imprudencias de las organizaciones. Hay quejas, allá entre los campesinos, de que algunos, pertenecientes a organizaciones, provocan los operativos militares y que luego ellos sí tienen como defenderse, pero que el pobre pueblo no organizado es el que sufre más duras las consecuencias. Ya que hablamos de una maduración de las organizaciones, yo les suplico tener en cuenta esto para no exponer al pueblo, al que de veras deben ayudar. Parte del terror campesino es provocado, a veces, por las imprudencias de las mismas organizaciones.

La Iglesia, por ejemplo, denuncia cuando, desde una ocupación de un templo, se calumniaba al párroco que, precisamente, estaba velando por el pueblo. Cuando se señala, también, falsamente a gente inocente. Yo tengo una carta de un cartero de San Vicente, el cual dice que lo han querido acusar, y lo ha oído por radio, de pertenecer a las fuerzas represivas del pueblo y que

¹⁷ Cfr. *Mensaje para toda la humanidad*. Discurso de Pablo V ante la Asamblea General de las Naciones Unidas (4 de octubre de 1965), 1 [11].

él es inocente: "Yo resido con mi esposa, mi madre y mis hijos en el cantón Calderas de Apaxtepeque y estoy trabajando en el Correo de San Vicente. No tengo ninguna conexión con estas fuerzas con las que me quieren mezclar". Es muy grave todo esto cuando se trata de señalar personas que pueden sufrir consecuencias fatales. También creo que es un atropello a los sentimientos del pueblo cristiano, la nueva ocupación de catedral por parte del BPR, en plena Cuaresma. Yo no estoy de acuerdo y creía que las cosas se habían arreglado; pero suplico a la dirigencia poner mano firme en la disciplina de su organización porque estas cosas les quita mucho prestigio.

También resulta escandalosa una información confidencial que yo recogí esta semana. Alguien se preocupó de ver lo que gastan en "campos pagados" y ha tenido la iniciativa de sacar lo que ha gastado el BPR en una sola semana de propaganda por televisión. Uno y a veces dos programas a la semana, cuando el minuto creo que cuesta cien colones y tienen media hora, además de radios y páginas enteras de todos los periódicos, pagando altas tarifas. Se sacaba la cuenta de que en esa semana había gastado noventa mil colones. Se pregunta uno ¿no podrían con este dinero hacer algo más beneficioso para el pueblo?:¹⁸ pobladores de tugurios, señoritas de los mercados, etcétera. ¡Hay tanta necesidad! Y lo más sarcástico es que se estén pagando esas inmensas cantidades de dinero a los medios de comunicación oligárquicos*. Creo que en esto nuestra Iglesia les da ya ejemplo de que hará valer únicamente su pobre voz, pero no querrá ser también colaboradora de unos instrumentos que se prestan muchas veces a la injusticia y a la mentira. Es bueno que las organizaciones populares reflexionen esto y maduren también en estas críticas.

Quiero también desde aquí hacer un llamamiento a los que tienen en su poder al señor Dunn y a los otros secuestrados¹⁸, que ya es tiempo suficiente para respetarles su libertad.

Mencionaba yo, al principio, como un gesto de solidaridad, a los trabajadores de ANTEL que se ofrecen a trabajar en la reorganización de nuestra emisora; y quiero, de parte de ellos, decir que todavía no han logrado un diálogo con el responsable

¹⁸ Jaime Hill Argüello, secuestrado el 31 de octubre de 1979; y Adolfo McEntee, secuestrado el 3 de diciembre de 1979.

de ANTEL, a pesar de que el Ministerio de Trabajo ha llamado a ese diálogo. Las peticiones de los empleados de ANTEL son estas: reintegro de cuatro compañeros directivos despedidos injustamente; reconocimiento del legítimo derecho de libre organización; cumplimiento de la plataforma reivindicativa; el retiro inmediato de los cercos militares a los centros de trabajo; no represalia de ningún tipo en contra de los participantes en el movimiento, garantizándoles integridad física y moral. Creo que las peticiones, pues, son justas y sería bueno que los responsables de ANTEL acudieran al diálogo. Allí se arreglan las cosas, dialogando mutuamente*.

Quiero agradecer, también, una iniciativa de comunidades cristianas y otras organizaciones gremiales, comité ecuménico y ayuda humanitaria, comités populares, que han promovido una reunión de prensa para defender la doctrina de nuestra diócesis y, también, al pastor, cuando se le ha amenazado contra su vida. Agradezco este gesto de apoyo y solidaridad*.

Finalmente, quiero pedir, en nombre de su mamá, una oración por David Agustín Cristales Elías, que desapareció desde el 7 de marzo de 1977 y no se supo más de él. ¿Está vivo o muerto? Es el interrogante de tantas madres de familia, las cuales, como esta señora, mejor se deciden a invitar a misas por su eterno descanso.

Oremos, hermanos. La situación de nuestro país, pues, es muy difícil; pero la figura de Cristo transfigurado, en plena Cuaresma, nos está señalando el camino que debemos de seguir. El camino de la transformación de nuestro pueblo no está lejos, es el camino que nos señala la palabra de Dios este día: camino de cruz, de sacrificio, de sangre y de dolor; pero con la vista, llena de esperanza, puesta en la gloria de Cristo, que es el Hijo elegido por el Padre para salvar al mundo. ¡Escuchémosle!*.